



Gromyko y Cyrus Vance: su nueva cita se ha anulado.

LA EROSION DE LA COEXISTENCIA

EDUARDO HARO TEGLEN

El día 7 de este mes deberían haber comenzado unas conversaciones en Viena entre Gromyko y Cyrus Vance: los dos ministros de Asuntos Exteriores de la URSS y los Estados Unidos se hablan citado para hacer un esfuerzo mutuo que sacara adelante el punto muerto en las conversaciones de limitación de armamentos estratégicos (SALT). La cita se ha anulado —al parecer, por iniciativa de los Estados Unidos— y se ha fijado una fecha nueva: los días 22 y 23 de septiembre, en Washington. Continuarían más adelante en Nueva York, aprovechando la tradicional sesión de otoño de la Asamblea General de las Naciones Unidas. La interrupción se debe a una iniciativa de los Estados Unidos, aceptada por Moscú para permitir "una mejor preparación" de las dos partes; pero se acepta que hay "diferencias sustanciales" en las dos posiciones respectivas (Washington añade que hay una segunda razón para el aplazamiento: la firma, el 7 de septiembre, del nuevo acuerdo sobre el canal de Panamá, que se hará en Washington en presencia de unos veinte Jefes de Estado latinoamericanos, lo cual exige la presencia de Cyrus Vance). Este aplazamiento incide en la apreciación ya universal de que los dos grandes países se encuentran cada vez más distanciados y que hay entre ellos

una hostilidad creciente. Existe "una diferencia profunda entre Washington y Moscú", declaraba hace un par de meses Giscard d'Estaing, y "a menos que las superpotencias puedan restablecer un lenguaje común, hay muy pocas dudas de que pronto estaremos viviendo en un clima totalmente diferente del que hemos conocido en los años recientes". La interrupción de las conversaciones sobre la limitación de armas estratégicas abunda en esta situación.

En realidad, las SALT están en crisis desde que se iniciaron, hace ya más de ocho años. Las SALT se iniciaron en 1969. Habían estado precedidas de un esfuerzo mutuo de desarme. La carrera de armamentos entre la URSS y los Estados Unidos es un hecho prácticamente ininterrumpido: los soviéticos se esforzaron en recuperar la distancia que les separaba de los Estados Unidos desde el momento en que se supo la explosión de las primeras bombas atómicas americanas en Hiroshima y en Nagasaki; en 1949, la primera explosión atómica soviética produjo en los Estados Unidos la mayor contracción de pánico y de cólera que se conoce (produjo episodios trágicos, como la ejecución de los Rosenberg, y un terror al espionaje y la "infiltración" que cuajó en el período fascistoide de la dictadura de McCarthy) y un estímulo

para la industria militar: hasta prácticamente 1965, la producción de armamento, convencional y nuevo, por parte de los Estados Unidos parecía dotarles de tal superioridad que ni siquiera las habituales conversaciones de desarme que se mantienen regularmente dentro de las Naciones Unidas pudieron tener ningún sentido. A partir de entonces comenzó a constatarse que la Unión Soviética había alcanzado, quizá sobrepasado, a los Estados Unidos en materia de armamento. No todos los informes eran puros y desinteresados: la gran industria de los Estados Unidos y los altos jefes militares (lo que Eisenhower denunció, terminando ya su presidencia, como el peligroso complejo militar-industrial) tenía notable interés en que no cesase la producción: exagerar el poder del adversario era, por lo tanto, conveniente. En esta carrera se llegó pronto a dos nociones: la llamada del "equilibrio del terror" (los arsenales mutuos podían llegar a la destrucción mutua de las dos naciones en caso de guerra, y con ellas al mundo entero; por lo cual, la guerra había de evitarse a toda costa) y una noción económica, la de que el esfuerzo armamentista estaba produciendo la ruina económica. Esta última versión encontraba también un comentario especial por parte de ciertos círculos de Estados Unidos: siendo la economía soviética mucho más débil que la

de Estados Unidos, mantener el esfuerzo de armamento significaría un desgaste soviético quizá muy rápido, mientras los Estados Unidos podrían aguantar más tiempo. Había un argumento cínico, pero indudablemente realista: la URSS saca el dinero para el rearme del nivel de vida de su pueblo, dispuesto a impacientarse por el sacrificio, mientras los Estados Unidos pueden obtenerlo de su explotación global y no precisamente de su propio pueblo.

Este argumento no ha sido tan práctico como parecía. Por su propio sistema cerrado y totalitario, la URSS ha ido evitando una crisis interior —a pesar de las "disidencias", a pesar de los sobresaltos en algunas naciones del Pacto de Varsovia—, mientras en el sistema occidental se ha ido precipitando una crisis grave, que desde luego afecta menos a Estados Unidos que a sus aliados —sobre todo, después de haberse zafado sabiamente de Vietnam y de haber exportado las consecuencias económicas de aquella guerra hacia sus aliados—, pero los Estados Unidos tampoco pueden evitar la contaminación de la crisis mundial. El Presidente Kennedy utilizó los argumentos del "equilibrio del terror" para ir aceptando los elementos de la coexistencia que procedían de la URSS —Kruschev—, sobre todo a partir de la crisis del Caribe (1962); hubo una retracción momentánea tras el asesinato de Kennedy —y quizá el asesinato de Kennedy fue provocado precisamente para esa retracción— hasta que, en 1967, el Presidente Johnson dirigió una carta a Kossighin proponiendo las negociaciones sobre limitación de armamentos. Tardaron casi tres años en plantearse las negociaciones como simples charlas o conversaciones ("talks"), y se abrieron en noviembre de 1969 en Helsinki; alternativamente se fueron continuando en esa ciudad y en Viena. Desde el principio hubo una crisis negociadora: ningún país aceptaba una limitación de armamentos que pudiera situarle en condiciones que estimase como de inferioridad. Como ninguno de los dos países ha cesado desde entonces de producir nuevas armas, las conversaciones se encuentran cada vez con más elementos a discutir y a equilibrar.

En principio, el problema surgió ya en cuanto se trató de definir qué son armas estratégicas. Por ejemplo, los soviéticos consideraban armas estratégicas de los Estados Unidos aquellas que nutren los aviones de bombardeo de Estados Unidos situados en Europa Occidental, en Turquía, en los navíos de la Sexta Flota; los americanos consideraban que se trataba de armas tácticas. El segundo problema que se planteó fue el del control. No basta con pactos, firmas o juramentos: cada uno de los dos países desea observar en el territorio del otro si realmente se ha paralizado la construcción o el ensayo de armas estratégicas. Pero, ¿cuál de los dos está dispuesto a permitir comisiones de militares y sabios que inspeccionen sus fábricas y sus arsenales? ▶

LA EROSION

Ninguno... Nacieron ya las negociaciones con una enorme desconfianza, y con ella y en ella se han mantenido continuamente. Sin embargo, en mayo de 1971, Nixon anunció que las dos partes estaban de acuerdo en la necesidad de limitar las armas defensivas y las ofensivas (otro concepto que se prestaba a la discusión: el de defensivo y ofensivo); en agosto de 1972, el Senado de los Estados Unidos ratificaba unos tratados que firmaría Nixon y Gromyko en el mes de octubre y que permitirían que en noviembre continuase el segundo "round" de las negociaciones, en Ginebra. Se trataba de las llamadas SALT 2 (sin que el acuerdo sobre las SALT 1 significase un progreso auténtico); en ellas estamos todavía y la negociación para salir del punto muerto es la que se acaba de aplazar. Había habido un momento de esperanza en las conversaciones directas de Ford y Brejnev en Vladivostok, noviembre de 1974, pero pronto se va a cumplir el tercer aniversario de aquella conversación sin que se haya progresado. Más aún, el camino parece que conduce hacia atrás. En octubre expirará el tratado de las SALT 1; puede ser reconducido, pero sin otras esperanzas de continuidad.

La llegada del Presidente Carter a la Presidencia ha oscurecido el panorama, en lugar de mejorarlo. El Presidente Carter mantuvo, desde la misma campaña electoral (y hay que recordar que la URSS favoreció en lo que pudo la candidatura de Ford, a pesar de que éste, con Kissinger, aparecían como más cerrados y más conservadores que el demócrata Carter), la idea de que la "guerra ideológica" podía continuar y aun recrudescerse entre los dos países, mientras los problemas de cooperación económica, desarme, entendimiento sobre conflictos locales en otros puntos del globo, progresasen en un sentido positivo. Parecía recoger la esencia misma de los daños de la coexistencia tales como los habían enunciado los propios soviéticos. Nikita Kruschev había dicho en 1963 que la coexistencia trataba de evitar la guerra, pero no de vivir en armonía con los Estados Unidos, y había pronunciado la frase: "La coexistencia pacífica en la esfera de la ideología es imposible", incluso que aquel que creyese que puede haber una coexistencia pacífica de ideologías estaba "traicionando la causa del comunismo", y que el que desconfiase de que la URSS no pudiera vencer sobre los Estados Unidos por esta vía mostraba "su falta de fe en la fuerza revolucionaria de la clase trabajadora". La coexistencia pacífica sería "una forma superior de la lucha de clases". Podría decirse que estas frases, aun invocando a Marx, y sobre todo a Lenin, eran de consumo interno. Los Estados Unidos procuraron no ahondar en esta cuestión, mientras China denunciaba ya que se trataba de un abandono de la revolu-

ción. Los Estados Unidos trataron de reducir al mínimo los ataques ideológicos o las críticas al sistema interior de la Unión Soviética (salvo en el caso de la emigración de los judíos a Israel, movida fuertemente por un poder dentro del poder, y contraria al espíritu negociador de la Casa Blanca) hasta la aparición de Carter. Es todavía difícil de saber si Carter ha empleado esta táctica de sostener la "guerra ideológica" —sobre la base esencial de los "derechos humanos"— por pura ingenuidad, por conseguir votos de los radicales de derechas —sobre todo, de los judíos; no ya en tanto que número de votantes, sino como clave de enorme influencia sobre el electorado en general— o para abrir una nueva guerra fría general contra la URSS. Moscú se inclina por esta última tesis. Carter estaría montando una ofensiva grande contra la URSS a partir de la campaña de los derechos humanos; fomentando la escisión de los países del Pacto de Varsovia, aumentando la disidencia interior, haciendo una campaña antisoviética en el mundo —con la utilización de gentes del tipo de Soljenitsin—, aumentando sus relaciones de toda clase con China y anunciando la bomba de neutrones. Todo ello formaría parte de una nueva ofensiva general, entre la cual podría estar algo que pone los pelos de punta a los políticos de Moscú y no tranquiliza nada a las poblaciones del mundo: la posibilidad del hallazgo de un "arma absoluta". El descarado y exagerado anuncio de la bomba de neutrones no sería más que la forma de desviar la atención pública hacia un arma "táctica", cuya existencia no tendría por qué incidir en las conversaciones sobre las armas estratégicas, de la posibilidad de otros hallazgos militares de Estados Unidos; una cierta forma de defensa "invulnerable" que dejara a los Estados Unidos protegido de lo que se llama MAD (Mutual Assured Destruction, o destrucción mutua asegurada: la palabra "mad" significa, además, locura en idioma inglés), o tal vez un arma de velocidad y alcance tales que pudiera destruir la URSS y sus sistemas de defensa mucho antes —este mucho antes se mide en décimas de segundo, quizá— de que éstos pudieran replicar. La mayor parte de los expertos militares y de armamento creen que este arma es imposible, que no existe esta forma de supremacía. Pero aunque haya sólo una posibilidad en un millón o en mil millones, esta posibilidad es suficientemente aterradora para la URSS como para que inmediatamente se cierre políticamente y busque ya sistemas de defensa o posibilidades de ser la primera en iniciar un ataque a la menor sospecha. Es posiblemente esta situación la que está creando en todo Occidente un cierto miedo a la posibilidad de la gran guerra nuclear; lo que Gaston Bouthoul ha llamado en Francia —y ya lo hemos citado en esta publicación— el "complejo de Damocles". Algo que va aún más allá del paso a un clima "totalmente diferente", como decía Giscard.

Unido al profundo malestar, a la crisis de toda clase de valores materiales y morales que reina en el Occidente europeo —especialmente—, está produciendo una situación de angustia y de falta de salidas que realmente favorecen, más que dificultan, la idea de una guerra. De la seguridad de la "guerra imposible" se está pasando hacia el temor a que la guerra es posible, y hasta comienza a anidar la idea de que puede haber una "guerra resolutive" que disipara los actuales malestares. Error grave.

La idea general de Giscard es que la introducción de una "dimensión ideológica" por parte de Carter en su política exterior ha comprometido enteramente la "détente". Esta reducción de tensiones había llegado, en efecto, a una serie de entendimientos, explícitos unos en diversos acuerdos, otros tácitos y no escritos o hablados, pero en vías de concreción. La Conferencia de Helsinki pactaba claramente algunos de ellos. La coexistencia y la "détente" se basaban en estas ideas adquiridas: 1, estabilidad de las fronteras europeas actuales, que en ningún caso deberían variarse por el uso de la fuerza, aunque fuesen susceptibles de ciertos acuerdos y de una mayor permeabilidad para cambios de personas, lo cual estaba ya incluido en una manera de entender los derechos humanos; 2, la posibilidad de llegar a un acuerdo en las SALT 2, bien sobre la base de la "paridad" —término soviético— o de la "equivalencia" —término americano; la diferencia de con-

ceptos indica, por un lado, la igualdad en el número de armas de cada clase, y por otro, la equivalencia en poder destructivo-defensivo, aunque varíe por cada parte la clase y el número de armas—; 3, un acuerdo global por parte de los Estados Unidos y la URSS para evitar o cortar los conflictos locales.

Estos tres principios prácticos —dejemos aparte los principios retóricos o filosóficos— están ahora erosionados. Desde el momento en que los Estados Unidos acusan, por la nueva doctrina Carter, a la Unión Soviética de violar los derechos humanos, la "permeabilidad" de las fronteras ha cesado de ser creíble (de hecho, la URSS no ha realizado grandes esfuerzos en este sentido) y las medidas de "humanización" se han suspendido: la URSS teme que una violación indirecta de sus fronteras de seguridad —ya que no nacionales— pueda producirse por un movimiento secesionista en cualquiera de los países del Pacto de Varsovia. Las conversaciones SALT no solamente no han progresado, sino que se han contagiado de la inseguridad mutua, y la interrupción momentánea de ahora —aunque sólo sea por dos semanas— hace ya referencia a las disensiones, a las diferencias mutuas; los conceptos de "superioridad" del adversario se mantienen como sospecha, y el Presidente Carter ha introducido en el equilibrio estratégico la variación llamada "táctica" de la bomba de neutrones y, lo que es más directo, insiste ahora en mantener sus "cruise missi-



Carter: los derechos humanos como arma ideológica.

les", que los soviéticos consideran capaz de desestabilizar las nociones de "equivalencia" ofrecidas por Estados Unidos. En cuanto al tercer punto, el de limitación de guerras o de conflictos locales en otros lugares del mundo, la situación general de África, desde el "cuerno" de Etiopía, Somalia, Eritrea, Sudán, etcétera, hasta los problemas de Rhodesia —donde acaban de celebrarse unas elecciones tras un proceso de destrucción de poblaciones— y de Sudáfrica, pasando por las nuevas explosiones en Oriente Medio —Libia-Egipto—, que están modificando en favor de Israel toda la situación, y por la inseguridad en que están todavía países como Angola y Mozambique, ha habido un recrudecimiento de hostilidad, en lugar de una mejora de las condiciones de coexistencia.

Las medidas más urgentes para restablecer la confianza, aun antes de la busca de nuevos equilibrios económicos y políticos en Europa, estarían en una serie de auténticos acuerdos sobre África —acuerdos indudablemente fronterizos entre la URSS y los Estados Unidos, o sus zonas de influencia; acuerdos también de índole económica sobre las cuestiones de materias primas—, que tendrían el dramático inconveniente de destrozar las posibilidades y esperanzas de las poblaciones de la zona, en muchas circunstancias; sobre todo, un acuerdo para la estabilidad del Oriente árabe que no solamente asegurase la inviolabilidad de las fronteras de Israel, como parece imprescindible ya, sino las de los mismos países árabes, y sobre todo la cuestión de los palestinos. Y, paralelamente, una serie de acuerdos reales para la limitación de las armas nucleares, estratégicas o tácticas, defensivas u ofensivas; no solamente para dar una sensación de supervivencia al mundo —y ningún acuerdo va a ser tan eficaz como para destruir los arsenales que aseguran ya la destrucción total—, sino como para permitir un desarrollo económico por otras vías. Un desarrollo económico que mejorase las condiciones de vida en la URSS, pero también que atajase la crisis general del capitalismo tal como lo conocemos ahora y permitiese que Europa saliera de la crisis actual. El acuerdo global sobre el mundo y los conflictos locales permitiría también una reducción en las compras de armas por parte de las naciones pobres, y una inversión de sus presupuestos hacia fines pacíficos.

Pero todo ello, a su vez, requeriría el cese de la campaña de Carter sobre los derechos humanos: no en tanto que tales, sino en tanto que arma ofensiva. No parece que esté ya a su alcance.

Como balance de la situación actual se puede decir que las bases de la convivencia y de la "détente" están erosionadas seriamente, que los armamentos están de nuevo probando las desconfianzas, y que un clima pesimista se extiende sobre el mundo: especialmente, sobre Europa. ■



Fue como si resucitara de pronto el fantasma del Vietnam. Sólo que esta vez quien recurría al gesto desesperado —y mortal— de rociarse el cuerpo de gasolina para después prenderse fuego (en Estocolmo) no era ningún bonzo de cabeza rapada, sino un periodista panameño. Viejo luchador anticolonialista, Leopoldo Aragón publicó, en diciembre de 1970, un largo y sonado informe en TRIUNFO ("Un paraíso made in USA", número 444), en el que defendía sus tesis en pro de la plena soberanía panameña sobre el canal. Su detención en Panamá por el Gobierno de Torrijos, quien paradójicamente se había servido, para sus negociaciones con USA, de un plan de recuperación del canal del que aquél era autor, provocó una campaña de protestas en las que participó activa y fructíferamente nuestra revista, ya que con ella se consiguió su liberación.

Panamá

SOBERANÍA PARA EL AÑO 2.000

El miércoles 7 de septiembre se habrá firmado en Washington el nuevo tratado del canal de Panamá. Un tratado que mantiene la soberanía de los Estados Unidos sobre el canal y su zona hasta el año 2000, en que habrá de ser devuelto a la nación panameña, a pesar de que el tratado original (1903) determinaba la cesión a Estados Unidos de una zona "a perpetuidad". En cierta forma, puede considerarse como un paso positivo, aunque está muy lejos de complacer a quienes solicitaban la autonomía total. Alguno lo ha expresado de forma tan dramática como el periodista Leopoldo Aragón, que se ha suicidado prendiéndose fuego frente a la Embajada de los Estados Unidos en Suecia, donde residía y desde donde continuaba su lucha como quizá único miembro de un Comando de Liberación de Panamá: ha dejado una carta denunciando al general Torrijos por falsear en este tratado la voluntad del pueblo panameño mediante un referéndum "de estilo fascista".

La República de Panamá es posterior a la creación del canal, y nació exclusivamente por él y por el interés de los Estados Unidos. Su construcción fue una idea del siglo XVI, pero hasta finales del XIX no hubo medios técnicos para realizarlo. Convierten el viaje de 6.000 millas marítimas en tor-

no a Sudamérica para unir el Pacífico con el Atlántico en una travesía de 40 millas. La apertura del canal la inició una compañía francesa, que utilizó al ingeniero Fernando de Lesseps como director (el que había abierto el canal de Suez); fracasaron las obras (en ocho años, a partir de 1875, murieron 22.000 obreros a consecuencia de la malaria y de la fiebre amarilla), la compañía del canal estalló en una quiebra y un escándalo que arruinó a miles de pequeños inversores. Lesseps fue a parar a la cárcel y todo fue a parar a manos de los Estados Unidos: el Presidente Roosevelt (Teodoro) se hizo cargo del canal y comenzó por fomentar la independencia de uno de los nueve departamentos de la República de Colombia, precisamente aquel en que debían realizarse las obras del canal: el nuevo Estado se llamó Panamá, se fundó el 3 de noviembre de 1903 y exactamente quince días después, el 18 de noviembre, el nuevo país cedió oficialmente a Estados Unidos la zona del canal a perpetuidad: el canal en sí mismo y una franja de ocho kilómetros a cada lado. Estados Unidos pagaron diez millones de dólares, más una suma de 250.000 dólares a pagar anualmente a partir de 1912. El canal entró en funcionamiento —terminado por ingenieros militares de Estados Uni-

dos— el 15 de agosto de 1914.

Aun creada artificialmente, la nación de Panamá ha desarrollado un sentimiento nacionalista y una reivindicación permanente frente a los Estados Unidos. Su política ha estado siempre manejada desde Washington, y los Presidentes, elegidos a la medida de los Estados Unidos, pero la opinión popular y la influencia de otras naciones latinoamericanas han ido obteniendo algunas ventajas. El tratado ha sido revisado numerosas veces —a partir de 1936: en 1942, 1947, 1955...— y se han ido consiguiendo mayores entregas económicas y una relativa mejora de la discriminación de los trabajadores panameños en la zona del canal. No obstante, la reivindicación máxima ha sido siempre la recuperación total del canal por la República de Panamá, la explotación en su beneficio, la no discriminación de navíos que puedan utilizarlo y la evicción total de los Estados Unidos de una zona en la que no solamente hay los establecimientos militares necesarios para la defensa del canal y los técnicos para su mantenimiento, sino acuartelamientos y campos de entrenamiento de los "rangers", a los que se encomienda la lucha contra la "subversión" en Latinoamérica. Como consecuencia de todo ello, Panamá ha sufrido una considerable inestabilidad política ▶